



---

# **Raquel Taranilla**

## Noche y océano

© Raquel Taranilla, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-322-3654-9

Depósito legal: B. 4.836-2020

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Imagino que, igual que yo, muchos de ustedes descubrieron atónitos el siguiente titular, que apareció hace algunos meses en la prensa: «Robado el cráneo de Murnau, director de *Nosferatu*». Según informaba el periódico, alguien había profanado el mausoleo del cineasta, en el cementerio de Stahnsdorf, próximo a Berlín, y había robado su cabeza embalsamada, que a pesar de llevar allí más de ochenta años aún conservaba, tal como relataba en la noticia el administrador del cementerio, no solo algunos restos del cabello y de los dientes, sino también el aire inconfundible, el porte magnífico de Herr Murnau. Entre los móviles que barajó la policía, al parecer tomó fuerza enseguida el del ritual satánico, basado principalmente en el rastro de cera fundida que se halló sobre el ataúd.

Ahora bien, a diferencia del de ustedes, mi estupor no tiene que ver tanto con la extravagancia de quitarle la cabeza a un muerto como con la certeza de conocer al culpable. Si tras su pista al-

---

guna vez la policía berlinesa llamase a mi puerta, entregaría gustosa una caja que él me dejó y que contiene documentos que, al menos a primera vista, guardan relación con el caso, aunque yo sepa de sobra que en su interior no se hallará evidencia útil ninguna. En mi precario alemán y como venganza servida en bandeja contra el tipo que se fue sin despedirse, les aseguraría a los agentes que del huido Quirós (pues ese es el nombre del profanador) cabría esperar cualquier rareza y que era pura obsesión lo que sentía por el tal Murnau. Si, además, como requerimiento insoslayable de la investigación, se me pidiera contar al detalle lo que sé de Quirós, lo mejor sería comenzar por la tarde en que llegó a mi casa, desbaratando la idea de acercarme de una vez por todas a la biblioteca de la Facultad de Letras en busca de alguno de los libros de Arnold Kreikamp, ese autor bávaro del que hasta hacía un puñado de días no había escuchado ni palabra.

En efecto, cuando casi había logrado vencer la desgana y a disgusto estaba vistiéndome para salir, una llamada me obligó a cambiar de planes. Era Daniela, la casera (o lo que es lo mismo: LA PROPIETARIA), para avisarme de que su amigo Quirós regresaba de improviso a Barcelona y que iba a alojarse por una temporada en el segundo piso de la casa que yo tenía alquilada. Aunque es cierto que nadie habitaba la planta de arriba y que en realidad LA PROPIETARIA la utilizaba de tras-

tero para guardar sus chismes, que me endosase con tal alegría a Quirós —tan desconocido entonces como lo era Arnold Kreikamp— respondía sin duda a un abuso de confianza por el que encima ni siquiera se excusó. Es un tipo silencioso, prácticamente un ermitaño, dijo sin molestarse en disimular que exageraba. Y, dado que ella no iba a tener tiempo libre hasta la noche, me pidió que recibiese yo a Quirós, que llegaba en avión y que en aquellos momentos estaría a punto de aterrizar en el aeropuerto de El Prat. Es un buen amigo y le debo un par de favores, así que dale la bienvenida que se merece: ya sabes, hazle sentir cómodo. Por un segundo me pregunté si me estaba chuleando, si sus palabras escondían una instrucción indirecta que yo debía cazar al vuelo, pero de inmediato acepté sin poner pegas. Aparte de que deseaba terminar la conversación lo antes posible, LA PROPIETARIA es seguramente la persona con la que mantengo un vínculo más estable y duradero, y me habría dolido echarlo a perder por una pequeñez. Aunque me hago la dura, siento por ella una gratitud a prueba de bombas, sobre todo, porque me alquila a muy buen precio el casoplón que fue de sus abuelos. Es verdad que la construcción se echó a perder hace muchos años y que, mirándola desde la calle, parece un despojo de otro tiempo que cualquier día de estos se desploma y le pega un buen susto al barrio, pero a mí siempre me ha parecido un lugar bastante confor-

---

table. No se equivoquen: no es que sea yo una de esas fanáticas trasnochadas que demoniza el lujo y se recrea en una vida modesta, pero digamos que mis apuros económicos son tan recurrentes que lo mejor ha sido encontrarle el gusto a la vida austera e, incluso, en cierto sentido buscarle la épica. Dándomelas de espartana he conseguido no pocas veces dignificar mi situación y hasta me he atrevido a dar lecciones morales. Soy, como ven, una mujer con ciertas habilidades retóricas. En la retórica, de hecho, pongo a día de hoy casi todas mis esperanzas, que solamente son razonablemente raquílicas.

El caso es que me comprometí a quedarme en casa y a estar pendiente de la llegada de Quirós, a darle un juego de llaves y asignarle una habitación, y hasta creo que aseguré que sería amigable. No sé si has subido alguna vez, añadió LA PROPIETARIA, pero la planta de arriba es un sindiós. Por descontado, Quirós se encargará de adecentarla; tú no tienes que ayudarle a limpiar, salvo que te apetezca. Recibido, mascullé, y sin entender en nada mi propia reacción colgué el teléfono con la misma intensidad con que en la guerra se degüella al enemigo. No hace falta que diga que al piso de arriba tengo la costumbre de adentrarme a menudo, como tampoco que apenas me desviví con la llegada del impuesto Quirós. Al curso en la universidad le quedaba un suspiro y yo contaba los días que me separaban de las vacaciones para

---

poder recluirme y por fin descansar. Desde hacía semanas era como si, de nuevo, la desgana extrema me empujara a andar a gatas. Mi cabeza parecía exageradamente sometida a la fuerza de la gravedad, pero no a la manera en que el organismo pierde vitalidad ante la desdicha o a consecuencia de la anemia. Lo que yo sentía era la vejez del ánimo, una conmoción psíquica como si en lo más profundo de mi ser hubiese recibido un jarro de agua fría. Sabía que mi sufrimiento se dulcificaría un poco con el paso de las semanas, pero sabía también que acabaría volviendo, pues regresa periódicamente, con la precisión cíclica de un pez migratorio listo para desovar. Hay cosas que siempre vuelven: las rebajas de enero, las notificaciones de impago y la recesión económica, la moda del esperanto, y eso que, según diagnostica mi médico de cabecera, es astenia idiopática recurrente. Como de costumbre, el único remedio que podía procurarme era encerrarme y asumir la insignificancia del mundo y de mí misma. El sinsentido, para decirlo mejor. Cansada de cualquier actividad humana, desencantada, durante días tuve el plan de dedicar las vacaciones a convertirme en un miembro más de la colonia de ratones caseros que habitan bajo el suelo de madera y entre los tabiques de la casa de LA PROPIETARIA y que solo cuando no queda más remedio traspasan los rodapiés, embalándose para cruzar un pasillo aterrador o una habitación, que les parece gober-

---

nada por un dios trincador con alma de jorobado. Pero, a consecuencia de un experimento que no hace falta explicar aquí, llegué a la conclusión de que transformarse en animal, provocar una metamorfosis que fuera más allá de lo imaginario, era algo inviable. Esa certeza me llevó a diseñar un plan B. Un plan que, sin renunciar a ciertas ambiciones, resultaba lo suficientemente realista. Los planes B siempre son los mejores, porque combinan la virtud de la experiencia y de la necesidad. Párense a pensar en lo carentes de experiencia y, muy especialmente, de necesidad que están la mayor parte de las cosas que hacemos a lo largo del día y comprenderán lo satisfecha que me sentí ante mi plan alternativo, que consistía, básicamente, en hacer de la casa un pequeño espacio para fundar un búnker y poder aislarme. Un proyecto sencillo y, a la vez, nada original y multiplicable (en definitiva, perfecto según las reglas de la naturaleza): quedarme muda y sorda. Distanciar-me al menos por aquel verano del entorno en el que había luchado por subsistir e incluso en algún momento peregrino (cuyo recuerdo casi enciende el color de mis mejillas cada vez menos tersas) por obtener cierto lucimiento. Me proponía suspender mi faceta mundana a la mayor brevedad, si bien antes iba a tener que dedicarme a un artículo académico que en mala hora había prometido escribir. —Ahora escuchen mis sollozos y vean:— la moral de la laboriosidad es una condena, especial-

---

mente para quienes tenemos muy poco o nada que perder. Como fuera, tenía que impedir que aquella tarea baldía arruinase mi retiro, así que iba a tener que encararla un poco a la buena de dios.

La llegada de Quirós amenazaba igualmente con retorcer mis propósitos, sobre todo si empujada por no sé qué deber hospitalario me convertiría en una anfitriona medianamente considerada. Supongo que acaté la presencia del invitado como un tributo a LA PROPIETARIA, con la resignación con que se acepta el derecho de servidumbre que grava una casa antigua desde un tiempo y por una causa que ya nadie entre los vivos es capaz de recordar. Ante el anuncio de su llegada, el único gesto que hice consistió en un leve alzamiento de hombros, que duró el segundo simplón que separa la rebeldía de la mansedumbre. Por descontado, ni limpié, ni ayudé a deshacer maletas, ni cociné. He de decir que Quirós no parecía esperar mi colaboración. Le bastó con que yo señalase con el dedo índice dónde podía encontrar el detergente, la lavadora y un armario con baldas libres, y ni se inmutó cuando me ovillé sobre el sillón y —de nuevo levantando mi dedo, ahora en dirección al cielo— le invité a instalarse en el piso de arriba.

Sus movimientos, sus pasos como de gigante, hacían tambalear la estructura de la vivienda, que vibraba con sus desplazamientos. A cada pisada suya, una polvareda caía sobre mí y sobre los muchos cachivaches con los que convivo. El acuerdo

---

de alquiler al que en su día llegué con LA PROPIETARIA incluía el mobiliario completo, al que (más por desidia que por generosidad, pero en todo caso sin darme elección) ella había sumado muchos de los trastos de sus abuelos, que se negaba a tirar a la basura, un buen surtido predemocrático y manoseado que, para mi sorpresa, Quirós parecía conocer muy bien. Viéndolo desde la distancia, no entiendo por qué en aquel momento me desconcertó tanto descubrir que no era aquella la primera vez que se alojaba en la casa. A veces, por ejemplo, se detenía ante la librería, donde, a juzgar por su gesto, había un libro que le llamaba la atención. Lo sacaba del estante con reconocimiento y la sonrisa de quien vuelve a tener delante a un viejo amigo, al que casi había olvidado, soplabla la capa de polvo acumulado, lo ojeaba unos segundos y lo volvía a colocar en su estante. Lo mismo ocurría en otras ocasiones ante la colección de discos o ante los cuadros (varias marinas, pero sobre todo muchas naturalezas muertas) que colgaban de las paredes. No sé por qué pero a mí esa familiaridad, esa pequeña representación del reencuentro y el deleite, me parecía cursi, sobre todo porque ni la edición de los libros que encontraba en las estanterías ni las pinturas eran gran cosa.<sup>1</sup> ¿Cabría relacionar la inquina que yo sentía

1. NOTA A DANIELA Y A SU COMUNIDAD HEREDITARIA: No estoy insinuando que las pertenencias de vues-

---

con cierto rencor de clase? Mucho mejor será que en lo que sigue nos alejemos de la simplificación.

Quirós también conocía palmo a palmo el jardín trasero —no como yo, que nunca he sido capaz de enfiar el caminito de grava que lleva hasta él y que solo se intuye poniendo mucha atención, pues está a punto de desaparecer para siempre bajo la broza—. Más que un jardín se trata en realidad de un bosque depravado de especies de árboles que no sé reconocer, que a mí me parecen el cruce abyecto o ilícito de las plantas que un día registró y describió la botánica, y que forman un verdor vegetal de la densidad de un agujero negro. Por lo que me contó cierto día Quirós, hace años el padre de LA PROPIETARIA se había propuesto rehabilitar la casa, pero el negocio familiar, que una vez fue próspero y que permitió durante décadas que la numerosa parentela no pegara palo al agua, se había ido al garete. El dinero que iba a ser destinado a la reforma se esfumó y las obras de la vivienda, que incluían en principio también el arreglo del jardín que la rodea y que, como un envase, la precinta, fueron olvidadas sin mucha pena

---

tra familia sean una birria. Sospecho que esta casa estuvo en su día repleta de objetos exquisitos y elegantes, pero puedo jurar que alguien —es de imaginar que uno de los vuestros— apareció por aquí y la desvalijó hace tiempo, mucho antes de que yo llegara, y se llevó consigo todo lo digno de mención.

---

para nadie. La molicie de sus propietarios fue el abono para las malas hierbas y dejó paso a la ruina, que arraigó con poderío y que —malabares del destino— hizo posible a su vez mi aparición.

Al polvo del interior de la casa he ido acostumbrándome y, en cuanto al exterior, me basta con el porche que, aunque está asomado al abismo vegetal que es el jardín, queda resguardado de la maleza. En él tengo instaladas una mesa plegable y una hamaca sobre la que paso muchas horas. El plástico blanco del que están fabricadas concilia mal con la barandilla de hierro forjado, al estilo modernista catalán, e incluso con el suelo de cerámica, pero es precisamente en ese desajuste tan comprensivo donde encuentro algo parecido a un hogar. En mi porche adorado soy como el huésped de un hotel de cinco estrellas en el que nunca se cambian las sábanas. Los materiales baratos no han logrado acabar con cierto regusto a prosperidad que flota en la casa, como una sensación acre igual a la que queda en la boca después de darle una calada a un cigarro habano. De ahí que no convenga bajar la guardia. Esa convivencia divertida igual que una noche de sexo casual no nos puede hacer olvidar que entre las presencias antiguas y las más nuevas se libra una batalla centenaria. Se lo advierto: la guerra fría a la que están forzados los materiales que componen nuestras casas (la mía, pero también la de cada uno de ustedes) podría caldearse a las primeras de cambio.

---

Pero no adelantemos acontecimientos y volvamos al instante en que Quirós (de cara a un enorme ventilador cuyas aspas metían al girar un ruido parecido al de una plaga de grillos hiperhormonados, pero que al menos aliviaba el bochorno de la noche, una humedad imantada que volvía pegajosos los cuerpos y, por encima de todo, las bocas, y contra la que las palabras, una vez dichas, habían de forcejear), poco rato después de aparecer, tomando una cerveza que le ofrecí por cortesía pero que él aceptó de buen grado y enseguida, me habló por primera vez de su proyecto. Había conseguido que un productor se interesase por su idea de hacer una película sobre los meses que Murnau pasó en la Polinesia, filmando *Tabú*, justo antes de morir. Mientras me lo contaba, la euforia apareció por una de las comisuras de sus labios y descendió, formando un reguerito brillante a un lado de su mentón. Él lo secó con rapidez, creyendo que enjugaba una gota de cerveza. ¿Murnau en la Polinesia? Caray, sueña bien, dije mientras levantaba mi vaso, incitándole a un brindis.

También brindé para mis adentros: porque había adivinado lo que vendría después, aunque no me atreviese al momento a confiar en mis augurios, pues a fuerza de darme de bruces contra el suelo he ido entendiendo que nada de lo que yo piense o imagine o escriba o comprenda contendrá jamás una verdad (y ni siquiera una media

---

verdad con funciones simbólicas al modo del Antiguo Testamento) sino que solo fabrico entramados de palabritas tan aparatosas y falsamente divinas como el pan y como la sal. Y aun así brindé conmigo misma, ni alegre ni desdichada, sino con el buen provecho de un cuerpo desahuciado por unos médicos a los que les dice adiós con la manita, hasta la vista, ya no tomaré ni una pastilla más, y es casi casi casi ya una luz proveniente del pasado y piensos compuestos.

Si he de ser franca, en aquel momento yo sobre Murnau no sabía nada aparte de que era un director alemán de la época del cine mudo. Había visto hacía años *Nosferatu*, *Amanecer* y para de contar. Las interioridades o las minucias del rodaje de *Tabú* me traían al fresco. A la mención del viaje a los mares del sur reaccioné con estudiada indiferencia, con un gesto de contención que seguidamente me esforcé por repetir, por intensificar incluso, empeñada en hacer de mí un saco roto en el cual no merece la pena echar nada, en el apéndice inútil que brota del intestino de un demente zampón. ¿Qué pasó entonces para que yo acabase metida de lleno, embebida, en el proyecto de Quirós (convertida en su camarada, enfrascada en los documentos, en el montón de películas y de libros que dejó en la casa)? No vayan a creer que me movió la pura pasión cinéfila. Tampoco sería acertado cifrar mi dedicación en el deseo sexual, y no creo que pueda achacársele todo a los

---

impulsos normales del amor romántico. Lo que ocurrió básicamente fue que se abrió en mí —¿cómo decirlo, aun renunciando a la claridad, al rigor mínimo que hace unos años solía exigirme?— cierto apetito ingenuo al que hubiera sido sensato no obedecer (o: que vi algo moverse por encima de mi sesera y asomé la nariz).

En cuanto a Quirós, de entrada consideré su interés por Murnau como un afecto infantil, de tipo emotivo, quizá porque a él le gustaba contar que su fascinación por el director germano surgió cuando era niño, en las páginas de una enciclopedia que había en casa de sus padres. En la *Enciclopedia Temática Ciesa*<sup>2</sup> —lo sé con seguridad

2. NOTA PARA EL MATRIMONIO QUIRÓS: Señores, desconozco qué habrán hecho con su enciclopedia, si la conservan como una reliquia familiar o si, por el contrario, se deshicieron de ella cuando quedó desfasada o después de que internet dejara obsoletas las enciclopedias de papel. En este caso, si algún día quisieran recuperar la simiente de la vocación de su hijo, no está de más que sepan que hay varias *Temática Ciesa* puestas a la venta en la red. Quizá les interese saber que, por un total de veinticinco euros más gastos de envío, pueden recuperar sus veintiún volúmenes encuadernados en tela (a saber: volúmenes 1 a 4, ciencias de la naturaleza; volúmenes 5 y 6, historia; volúmenes 7 y 8, física, química y matemáticas; volúmenes 9 y 10, grandes realizaciones humanas; volúmenes 11 y 12, arte; volúmenes 13 y 14, lengua y literatura; volúmenes 15 a 17, ciencias sociales, política, sociedad; volúmenes 18 y 19, filosofía y religión; volumen 20, atlas; y volumen 21, apéndice).

---

porque me contó una y otra vez ese encuentro mítico—, en uno de los dos tomos dedicados a la historia del arte, había un capítulo sobre cine en cuyo epígrafe «El cine mudo» —injustificadamente sintético, por lo demás— se mencionaba a Murnau y se citaban sus películas más afamadas (cabe suponer que *Fausto*, *Nosferatu* y *Amanecer*). Lo que atraía la atención del jovencísimo Quirós era sobre todo un par de páginas en las que, en lugar de texto, había varias columnas con los fotogramas más conocidos de una treintena de películas mudas, que aparecían en la enciclopedia igual que un archipiélago en mitad de un viaje transoceánico. Formaban un álbum de cromos de luces y sombras que era imposible cansarse de mirar: igual que islotes en fila estaban, por ejemplo, el sonámbulo Cesare, el robot de *Metrópolis*, Nanuk el esquimal, el ojo a punto de ser rebanado con una navaja de *Un chien andalou*, como muestras congeladas de historias incógnitas que uno podía jugar a inventar. Y, si había una figura que destacaba entre las demás, era la silueta contrahecha de Nosferatu, su perfil de diablo giboso, las uñas de alimaña que espeluznaba y hechizaba a partes iguales. En el niño que fue Quirós, aquella criatura informe desató el deseo feroz de ver entera la filmografía de Murnau, ambición que no era fácil de saciar en un mundo anterior a internet (a. I.) y, años después, fue el origen íntimo de un proyecto de película que a bote pronto

---

interpreté básicamente como un tributo al maestro, un recorrido melancólico por los lugares exóticos en que filmó su película póstuma. Quirós hablaba de *Tabú* con un entusiasmo contagioso incluso para mí, que me impongo huir como de la peste de los arrebatos de nostalgia (tan inútiles) y de los ídolos (ídem). Así que supongo que fue esa vehemencia suya lo que sedujo a Rodolfo Jou y le llevó a enredarse en el proyecto. Según Quirós, Rodolfo Jou (al que casi todo el mundo en el negocio conoce como Rudy) es un productor que vive cómodamente instalado en el regazo de la televisión pública, para la que produce desde hace dos décadas un programa semanal llamado *La Tribu*. No tengo ni idea de qué programa es ese, mentí, y entonces él quiso ponerme al corriente. Se trata de un concurso de preguntas de cultura general (de saber enciclopédico del tipo de «¿Qué actriz dio vida a Ninotchka?»), en el que se participa en familia y que tiene como seña de identidad la edad bastante avanzada de su presentador, al que los concursantes deben llamar «el Jefe». Aunque a lo largo de su historia el programa ha enterrado a tres presentadores —el Jefe, el Jefe II y el Gran Jefe—, ha conseguido ganarse la fidelidad de la audiencia e incluso ha recibido varios galardones (de entre los cuales, Rudy recuerda con orgullo genuino el premio al mejor concurso que recibió en el Festival de Televisión de Montecarlo en 1996, el Prix Jeunesse Internacional que ganó

---

en Toulouse en 1999, la mención especial como programa familiar en el Hyundai-Seoul TV Festival de 2001 y el Premio de Honor en el ITVFest, que en el año 2010 se celebró en Cracovia), además de un sinfín de premios de asociaciones de jubilados y pensionistas, agrupaciones de familias, comunidades católicas y colectivos en defensa de una televisión de calidad. Los concursos de televisión cumplen una función tranquilizadora: la gente cree que las cosas no pueden ir verdaderamente mal mientras en la tele se siga regalando dinero, sentenció Quirós metiendo sus zarpas en la noble parcela de la sociología. Aquello era una injerencia en toda regla, pero, en lugar de pedirle que el análisis social me lo dejase a mí y que yo procuraría no ponerme a opinar sobre cine, le di la razón mostrando una obediencia mucho más aturdida que coqueta. No era que encontrara sorpresivamente erótico el dejarme empantanar hasta la cintura, sino que yo, fundida ya a la casa por el uso y como sus suelos tan gastada, crudamente asumí que debía encajar la derrota general y el suma y sigue.

El hecho es que una noche, en un bar de copas, me atrevo a afirmar que en los alrededores de la plaza Francesc Macià (tan pulcra y convenientemente iluminada), Quirós conoció a Rudy, que pasaba la velada en compañía de dos periodistas deportivos. Quien los presentó le contó al productor que Quirós se había estrenado como di-

---

rector de cine con *Un vacío casi sideral*. Aunque no hay que dar por hecho que hubiera visto la película, lo cierto es que Rudy se mostró muy interesado en charlar con Quirós, que se dejó querer, que se percató enseguida, a mi entender, de que Rudy era uno de esos hijos de familias acomodadas que habían aprovechado el desarrollo del sector audiovisual para mantener su tren de vida sin tener que estrujarse la mollera, pero que en lo más profundo de su corazón se avergonzaba de sus producciones e, íntimamente, las llamaba «vino de garrafa». Es más, Quirós se dio cuenta de que el productor entregaría su alma a Mefisto a cambio de producir —y ya no digamos por llegar a dirigir— una de esas películas cultas, de arte y ensayo, de las que viajan a festivales de cine y aparecen en la prensa de categoría y hacen merecer que quienes hasta entonces te han ninguneado te premien con una palmadita en el lomo. O mejor: una de esas películas que logran que tu distinguida familia, esa estirpe de solera a la que pertenecen varios de los abogados más prestigiosos de la ciudad —cuyo apellido, de hecho, da nombre al descolante bufete Jou-Hallward, que ocupa un edificio señorial en uno de los chaflanes del Paseo de Gracia—, sepa por fin por qué te ha tenido, desde que te matriculaste en la Facultad de Filología y no en la de Derecho, por el artista de la dinastía.

En la barra del bar, intuía que con un bourbon en la mano, Quirós desplegó ante Rudy su

---

cola de pavorreal y se lanzó al abordaje. Comenzó por las satisfacciones que le había dado su primera película, apelando a la responsabilidad crítica del cineasta, al compromiso del artista con la humanidad, blablablá; continuó con la estimulante intensidad de los festivales, con el ajetreo de los viajes y las entrevistas, las cenas con este y con aquel; y terminó por contarle, como en confidencia, a media voz —siempre habla así cuando intenta volverse irresistible—, que estaba ultimando un proyecto y que aún era un interrogante quién lo iba a producir. A esas alturas, claro, Rudy estaba loco por conocer todos los detalles, aunque intentaba ocultar su urgencia y como podía luchaba por disimular que ya estaba salivando, pese a que saltaba a la vista que el productor llevaba tiempo rogándole al cielo que le premiara con un golpe de fortuna, súplica que fue interceptada por Quirós, que le hizo creer que aquella noche le había tocado el bingo, aunque hábilmente mantuvo un rato más la intriga, hablándole de algo así como de «su propuesta ética y estética», que pasaba por acercarse al espectador con un arrullo delicado que le llevase a entregarse al deleite sensorial y solo entonces agarrarle por el cuello y obligarle a juzgarse a sí mismo, sin piedad pero con la posibilidad de un indulto —y solamente al decir esa última palabra a Quirós se le estuvo a punto de escapar la risa—. Esta vez quiero dar un paso más allá; quiero adaptar un fragmento muy concreto

---

de *La teoría de la clase ociosa*. Rudy calló. El libro de Veblen, agregó Quirós, su tratado sobre la riqueza y la ostentación, sobre el esnobismo al fin y al cabo, y a punto estuvo su descaro de empujarle a añadir que iba a luchar por convertirse en una «piedra en el zapato» semejante a la que para los burgueses americanos fuera en su día Thorstein Veblen según la metáfora de Charles Wright Mills —ese que fue, para Carlos Fuentes, «verdadera voz de Norteamérica, amigo y compañero en la lucha Latinoamericana», según dejó escrito en la dedicatoria que abre *La muerte de Artemio Cruz* el escritor mexicano (que, dicho sea de paso, había dedicado sus dos novelas anteriores a la actriz Rita Macedo, su primera esposa, y a Luis Buñuel, y algunas de las siguientes al productor Manuel Barbachano, a Octavio Paz y a su esposa Marie José, a Julio y Aurora Cortázar, a Shirley MacLaine y a los secundarios de *Casablanca* Claude Rains, Conrad Veidt, Sydney Greenstreet y Peter Lorre, nombres todos tan vistosos como un brillante prendido en la solapa del blazer)—. Mordiéndose la lengua, con acierto optó Quirós por callarse y asentir cuando Rudy le pidió disculpas y salió a la calle a fumarse un cigarrillo. Un par de minutos después, Quirós se unió a él.

—Tengo otra historia. Para mí es como un secreto que atesoro desde crío. Se trata de una aventura que lleva a un director de cine, a Wilhelm Murnau, desde Berlín hasta los mares del sur, pa-

---

sando por Hollywood. Es el relato de un hombre que conquista la libertad, la libertad ar-tís-ti-ca, y que está dispuesto a dejarse la piel en sus películas para decir, de una y mil formas, que el mundo nos estrangula, que una fuerza oscura subyuga a los individuos. Estoy convencido, Rudy, de que no te costará ponerte en su lugar, cualquiera ha sentido alguna vez esa asfixia espiritual, ese corsé que no te deja ser quien verdaderamente eres. —En ese momento, Quirós abrió la puerta del bar e invitó con un gesto a Rudy a entrar de nuevo y volver a la barra, donde el productor pidió al camarero otros dos whiskies, con delicadeza, como si estuviera metido en una pompa de jabón—. En la Polinesia, Murnau rueda *Tabú*, un cuento sobre la opresión en el paraíso, y alcanza el culmen de su creación. ¿Recuerdas la historia? Matahi es un nativo bello y joven, enamorado de Reri, que es igualmente hermosa. Viven su amor en el edén, hasta que un día el sacerdote Hitu dispone que Reri debe marcharse con él. Su destino es consagrarse a los dioses, preservar su pureza, y para los hombres ha de ser en adelante considerada tabú. Matahi y Reri huyen, dejan atrás su hogar, su pequeño espacio de inocencia, y se refugian en la ciudad. Y, con todo, a pesar de su esfuerzo, no consiguen burlar la ley sagrada y su amor finalmente se malogra —Quirós se calló un instante en este punto; creó un silencio inflado como en duelo por los Amores Imposibles o, más todavía,

---

por todos los Fracasos Humanos desde el descabro de Adán y Eva—. Por desgracia, Murnau murió antes del estreno de *Tabú*. La leyenda dice que es una película maldita, que durante el larguísimo rodaje los espíritus polinesios se sintieron ultrajados y castigaron al director. Por fortuna para nosotros, la entrega de su vida no ha sido en balde porque ha quedado su obra, que es eterna. Y, además —siguió, después de mirar estratégicamente a un lado y a otro y de atemperar la voz—, parece ser que en Viena se han encontrado cien rollos de película que podrían corresponder a las últimas filmaciones de Murnau. Esas cintas van a ser reveladas en breve y hay quien defiende que, además del negativo original de *Tabú*, contienen fragmentos de otra película inédita y misteriosa que Murnau rodó en la Polinesia junto a Robert Flaherty. ¿Acaso no es hermoso que todavía queden tesoros por descubrir? —Y, para acabar, tras darle un sorbo largo al bourbon, remató—: Sé que contar una historia así entraña riesgos y supone no pocas dificultades, pero estamos obligados a ser valientes, ¿no crees?

El cacareo continuó un rato más, a pesar de que Rudy ya estaba de lleno entregado al proyecto y se había puesto tiernecito como para hincarle el diente. Trago tras trago, los dos hombretones, cada vez más sonrientes, apelaban a la emoción, a la felicidad, al libre albedrío, al atrevimiento e incluso a la justicia. No podemos olvidar el deber

---

político del cine, repetía el productor como una letanía, golpeando una y otra vez con el dedo índice sobre la barra. Quirós estaba disfrutando de lo lindo con la charla. Se reían, se daban la razón, se aplaudían el uno al otro. El entusiasmo únicamente se detuvo un instante, como en un receso que los devolvió fugazmente a la tierra, cuando los dos periodistas deportivos se acercaron a la barra para despedirse y abandonaron el local.

—Te voy a decir algo —soltó de repente Rudy, los ojos fijos en el fondo del vaso, las mejillas levemente ruborizadas (como en la pubertad, no como en la borrachera)—: nada me gustaría más que producir tu película. —Y en ese momento, si la vida fuese una comedia televisiva, debería haberse escuchado un oh largo y meloso desde un rincón de la sala.

Cuando el camarero, a eso de las tres y media pasadas, se disculpó por tener que cerrar el local, se apresuraron a concertar la primera reunión para, en palabras de Rudy, convocar al espíritu de Murnau e insuflarle vida.<sup>3</sup>

3. NOTA A RUDY JOU: Es posible que tú, a diferencia de mí, tengas aún trato con Quirós y hasta es posible que estés involucrado en el robo de la cabeza. Si le ves, en todo caso, dile que, aunque he tenido muchas veces la tentación de prenderle fuego a la caja con todos sus libros y sus documentos, sigue guardada en el piso superior de la casa de LA PROPIETARIA.